

Augurios de la independencia de México en un cuento fantástico

Blanca RODRÍGUEZ*

Ya vees, Sancho hermano,
el largo viaje que nos espera.

Durante las últimas décadas, la búsqueda y recuperación de la literatura mexicana del siglo XIX se fortaleció gracias a un extenso rescate, fruto de investigaciones que se volcaron en obras de divulgación y crítica, lo que ha permitido que ya ocupe un sitio primordial en los programas de docencia, estudio e investigación en diversas universidades de nuestro país. Para esta ocasión, abordaré un pequeño texto literario que pertenece a los inicios de ese siglo, con objeto de valorar su novedad y cualidades literarias, de señalar sus puntos de contacto con lo fantástico e intentar relacionarlo con los acontecimientos histórico-políticos de 1810.

El Diario de México, primera época, 1805-1812

A finales del siglo XVIII, el virreinato de la Nueva España se encontraba en un parteaguas ideológico y político en que se habían manifestado nuevas formas de pensamiento, influenciadas por el proceso intelectual derivado de la Ilustración, la independencia de Estados Unidos y la revolución francesa. “Cuento”, el texto en cuestión, apareció en el *Diario de México (DM)*, fundado en 1805 por Carlos María de Bustamante y el oidor Jacobo de Villaurrutia,¹ con la prohibición del virrey Iturrigaray de que aparecieran artículos políticos, lo que cambió en 1808 cuando Napoleón invadió España. El formato del *DM* era un folleto de cuatro hojas *in quarto* (20 cm x 14.5 cm), mitad periódico y mitad revista literaria por su estilo (Wold, 13-15). Sus suscriptores, distribuidos por el extenso territorio del virreinato, fueron funcionarios del gobierno, clero, nobles, militares, universitarios, artistas notables y músicos. Aunque empezó con casi 700 personas, decreció en 1808 a 386 y a 249 en julio de 1810, para concluir su primera época, en 1812, con la décima parte, ya que el virrey Venegas, irritado por las noticias y las piezas literarias difundidas, en diciembre de ese año prohibió la libertad de imprenta, a

* Doctora en letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesora de asignatura en el Colegio de Letras Hispánicas y el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Investigadora Nacional Nivel I, Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt.

¹ Bustamante (n. Oaxaca, 1774-1848) fue discípulo y amigo de fray Servando Teresa de Mier, ideólogo de la independencia. Jacobo de Villaurrutia (n. Santo Domingo 1757-1833), fue hijo del oidor novohispano Antonio de Villaurrutia.

dos meses de haber sido publicado el bando respectivo que decretaron las Cortes de Cádiz. El *DM* se interesaba por los usos y costumbres, el teatro, la historia, el arte y las ciencias. No obstante, los artículos también versaban sobre descubrimientos y últimos inventos; se difundían estadísticas, vacunas, sucesos sociales y delitos inusitados. En los anuncios de libros se revela un interés general por la literatura, asunto no gratuito, pues en lo tocante a sus características literarias, el *DM* se distinguió por difundir la poesía neoclásica, ejercida por eclesiásticos y seglares que, en nuestra historia literaria, se conocen como la Arcadia mexicana. En cuanto a libros científicos, para 1788 en el virreinato ya había interés por la astronomía, minería, medicina y matemáticas (Delgado, 21), además de que se integró una extensa lista de suscriptores para la adquisición de la traducida *Enciclopedia francesa*. Entre las obras de entrada subrepticia al país, se han detectado: novela inglesa, obras de Diderot, Chateaubriand y Rétif de la Bretonne, testigo de la revolución francesa. Estos datos resumen en forma escueta la primera época del *DM*, durante la cual estallaría el movimiento de independencia en septiembre de 1810.

Un cuento imaginativo escrito en 1810

“Cuento” tiene una extensión de sólo dos cuartillas y lo firmó “El Observador”, seudónimo de Francisco de la Llave, identificado por el investigador Miguel Capistrán² (Ruiz Castañeda, 451). A favor de esa identidad, está el hecho de que el puerto de Veracruz fue sitio privilegiado de entrada de los galeones y barcos españoles desde el siglo *xvi*, lo que benefició a sus habitantes al disponer de noticias frescas, mercancías de todo tipo y, especialmente, el tránsito de las ideas, en lo particular a través del contrabando de libros censurados por el gobierno virreinal por disposición del tribunal del Santo Oficio (o Inquisición). Sin embargo, en la lectura de diversos números del *DM* en que aparecieron otros escritos firmados con este seudónimo, me parece que el tono de escritura difiere, por lo que aventuraría si se trató de un seudónimo que fue utilizado para distintos autores, si el propio “Observador” habría cedido su espacio en particular a quien escribió “Cuento”, o si disimuló mediante otros escritos la viveza imaginativa que muestra la obra en cuestión.

Lo primero que resalta en la obra es la sencillez del título, “Cuento”, que de inmediato determina una invención que puede coincidir con “relación o noticia de alguna cosa sucedida”, real o ficticia (*Diccionario*, 682). La acepción más antigua declara: “Vale extremo y fin, varita con dos puntas: comienzo y fin”, en que aprecio la coincidencia con el rigor que demanda este género desde su inicio hasta su desenlace (*Diccionario*, 682). Anuncia, entonces, un espacio en que la imaginación conduce la pluma, y si nos apegamos a las convenciones literarias, el título encauza su lectura, aunque al mismo tiempo intuimos que la precaución era necesaria, porque otro más específico exponía al autor y a los editores ante la Inquisición. Contrasta, además, con los géneros preferidos del momento: el sermón, el proyecto, el diálogo, la biografía ejemplar y la sátira, que se modelaban bajo formas de la comunicación oral como

² “Llave, Francisco de la. *Observador*, El [Seud.]. En el *Diario de México* (dato de Miguel Capistrán). En nuestro *Catálogo de seudónimos* (1986) por error registramos este alias como posible seudónimo de Pablo de la Llave [(1773-1833), botánico, sacerdote y político, nacido en Córdoba, Veracruz].”

el diálogo, la polémica y la homilía (Franco, 4-5). Otra cualidad insólita de “Cuento” es su carácter autónomo: no procede de la crónica, como el cuento virreinal; se equipara, entonces, con el rango y el carácter que tuvo la poesía arcádica en el *DM*, ya que se publicó en “primera plana”. “Cuento” se aleja tanto de la fábula —género socorrido en el *DM*— como de las formas dialogadas, pues se dirige a un lector con mayor experiencia, ya que muestra otra forma de prosa. De acuerdo con el espacio reservado a la literatura, la pieza se publicó en dos partes sin advertir sobre su posible continuación. El narrador inicia dirigiéndose al destinatario en primera persona, sugiere una reciente enfermedad, origen de la imprecisión en sus recuerdos, que se relatarán en tercera persona, por lo que el narrador es testigo de lo ocurrido en el relato y se comprende que es fruto de la fantasía, sea por delirio: “Señor Diarista: Con la debilidad que he quedado, después de tres semanas bien contadas que he estado en la cama, no me puedo acordar si acaso leí u oí decir...” (157) o, como declara al concluir “Cuento”: “[...] pero no da más la imaginación del ‘Observador’” (218). La bipartición del texto no afectó su contenido porque el enlace de sus partes es coherente; en lo personal, aprecio que la obra fuera escrita en forma íntegra, pero su extensión obligaba a parcelarlo por la dimensión usual del *DM* y, como buen cuento, no soltó el gato antes de tiempo. La parte primera concluye con gracia porque entra en diálogo con el editor y, por extensión, con su lector: “¡Qué tal! ¿Voy bien, amigo? ¿Sigo? No, porque saldrá usted con su notita diciendo que lleven a San Hipólito a ‘El Observador’”, que era el hospital para dementes de la ciudad de México que, dato aparte, tenía la facultad de paliar su aislamiento permitiéndoles pasear por la ciudad a ciertas horas.

La parte de inicio contiene, además, dos párrafos en tercera persona en que “los moradores del globo de Júpiter [...] tuvieron el valor para viajar por los aires y llegaron al globo de la luna, de donde sacaron inmensa cantidad de plata”, y señala la posterior disputa de esa riqueza por los habitantes de Saturno, que sumió a los de Júpiter en la pobreza. En la segunda parte, publicada quince días más tarde, el narrador entra directamente en materia y el ámbito fantástico del viaje sideral se adensa en sus cuatro párrafos con la incorporación de un personaje denominado “un aparecido príncipe”, denigrado a “el tal ministro”, y otras situaciones cuyas características retóricas se concretan en forma primordial en la hipérbole y la metáfora, que encubren el trasfondo del relato porque, a la par de la fantasía, se revela un conflicto de índole política del que, a dos siglos de distancia, podemos descifrar sus razones. Veamos, entonces, cómo a través del viaje fantástico se escenifica la explotación y saqueo de la riqueza minera de la Nueva España, ya que, en un mero ejercicio de síntesis, considero que la intriga se resume en: “Mediante engaños, Saturno [España] trueca su estaño por la plata que los de Júpiter [Nueva España] extraen de la Luna [*de plata*]. Un príncipe [rey o virrey] envía a Mercurio [lepra] para contagiar a los de Júpiter, donde se gesta una revolución; los sobrevivientes retornaron guiados por la luz de un cometa y pronto se hallarán libres”, que reducida a la mínima expresión, propondría: “El saqueo de riquezas provoca la revolución”.

Adelantada la estructura general del relato, me referiré a otras relaciones con móviles significativos. Entre la primera y la segunda partes se ha generado una elipsis narrativa, pues el lector, aunque sabe que los de Júpiter “empezaban a practicar tan bellas reformas”, ignora cuál era su naturaleza, pero se intuye que se trata de un movimiento libertario, dado que en los párrafos subsecuentes se referirá a “gobierno”, “revolución”, “firmeza”, “[ser] libres”, sin mayor contexto, lo cual encubre otras intenciones, ya que en la segunda parte habrá de magnificarse la situación conflictiva de “Cuento” por la densidad de sus motivos estéticos. Esta sucesión de implicaciones políticas cierra con una clave de intenciones que hoy podríamos

reconocer como históricas, según la cita que presento renglones adelante. A la par, la imaginación del autor prosigue en cuanto al motivo fantástico más palpable: el viaje sideral, pues se refiere tanto a los distintos planetas, como al “valor para viajar por los aires”; a la presencia de un terrible cometa, a un satélite que guía a los de Júpiter en su retorno a su planeta, aspectos que muestran su entusiasmo por el conocimiento científico. La situación entra, incluso, en el terreno de lo delirante cuando se transfiere el inicial tema de la enfermedad individual, a lo colectivo:

... en breve tiempo contagiaron innumerables ciudades: ya no se hablaba de reformas: innumerables hospitales eran los que se disponían para curarse; pero siempre empeoraban [...] De aquí nació una revolución, pues los de Júpiter trataban no sólo de separar los buenos y sanos de los enfermos [...] y si los moradores de Júpiter siguen con firmeza el plan que se han propuesto, y empezado, pronto se hallarán libres y sanos (“El Observador”, 218).

El concepto de enfermedad trabajado en el cuento se relaciona, en este caso, con el de “cuerpo político” (Villarreal, 50, 30),³ que debió circular en ciertos estratos pensantes de aquella sociedad. Un súbdito español “semiilustrado” (Villarreal, 34) escribió entre 1785 y 1787 sobre el tema: Hipólito Villarreal, quien, tras haber residido en Nueva España más de veinticinco años, retornaría a su patria en 1789, legando su manuscrito a un amigo. Sólo hasta 1831 hubo alguna noticia de su obra, ya que “el inquieto y revoltoso” (Villarreal, 15) Carlos María de Bustamante publicó varios capítulos en uno de los tantos periódicos que dirigió.

Es pertinente señalar cómo el autor ha enlazado lo individual de aquella posible enfermedad del narrador en el inicio de la obra con el sufrimiento colectivo de la epidemia de lepra. Al respecto, un acierto poderoso en la pieza se halla en la creación de dicho personaje colectivo, como son “los moradores”, “los habitantes”, “los que vivían en...”, en contraste con la individualidad del narrador y la del “aparecido príncipe”; esto es, se muestra un mismo espíritu comunitario dentro de la rivalidad entre unos y otros frente a la ridícula figura del “ministro”. La colectividad, además, revela cierto espíritu religioso tanto de la población aborigen como de los criollos y peninsulares en “sus peregrinaciones”, y un aire carnavalesco cuando alude al contagio de la lepra, enfermedad temida desde la lectura de las escrituras —cuando se ignoraba su particular incubación—, y que en la historia de nuestro pueblo es equiparable con las epidemias de viruela, transmitida por el conquistador. Su denominador común es la piel, junto con las pústulas y las cicatrices o mutilaciones que causan dichas enfermedades. Por otra parte, debe recordarse que la refinación más productiva de la plata en bruto se obtuvo cuando se aplicaron los procedimientos químicos basados en el mercurio, metal que se transportaba desde España y cuyas emanaciones mortíferas aún son temidas por los mineros⁴ y considero que su maleficio está metafórico con eficacia en el texto.

³ Resalto la valiosa investigación documental de la doctora Beatriz Ruiz Gaytán, profesora de la UNAM, fallecida en julio de 2007, que permitió el rescate fidedigno de la vida y obra de Villarreal. Las citas entrecuilladas pertenecen a su estudio introductorio sobre dicho autor.

⁴ Al respecto, exponen argumentos incontrovertibles: Enrique Florescano, “La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico 1750-1808”, en *Historia general de México*, vol. 2, México, El Colegio de México, 1980, pp. 183-301; y Carlos Marichal, *La bancarrota del virreinato: Nueva España y las finanzas del imperio español, 1780-1810*, México, El Colegio de México-FCE, 1999.

Intertextualidad y fantasía en “Cuento”

Ahora bien, aunque se hayan descifrado ciertos contactos con la realidad extraliteraria, ello no es indicativo de que exista sólo una lectura posible. A dos siglos de distancia, la lectura de lo que ahora conocemos a través de otras disciplinas sobre un suceso histórico capital, la independencia política, está culturalmente insertada en una conciencia colectiva. Un ejemplo paralelo lo hallaríamos en el caso de la lectura de un cuento de Hoffmann, “Der Sandmann” [“El hombre de la arena”], que le sirve a Freud para elaborar un ensayo de corte psicoanalítico, convertido hoy en un *corpus* teórico de esa disciplina. Si, hasta este momento, hemos descifrado tales contactos con la realidad, el autor de “Cuento” cuidó que éste fuera leído como creación literaria y, que si alguien se extralimitara, valdría la pena contenerlo, pues en el último párrafo de “Cuento” escribió lo siguiente: “Me bajo ya del Clavileño, señor Diarista, que bastante tiempo he andado por el aire: en otra ocasión diré a usted lo que me contó Sancho, cuando pasamos por junto de las siete cabrillas; bien que llevará las mismas anomalías que éste, pero no da más la imaginación del ‘Observador’” (“El Observador”, 218).

En suma, el escritor se aseguró que su creación fuera artística y para ello recurrió a la obra por excelencia de las letras españolas, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, para que —en un inicio de siglo en que, sin duda, prevalecía la razón del xviii— alguien no afirmara que lo escrito no era posible, él protegió su obra creativa *mutando* su percepción y aun la nuestra, pues desde la primera parte había anticipado: “pero una mutación muy extraña corrió el velo a este tan bonito engaño”, que nosotros extendemos a todo receptor de la obra. A semejanza de Don Quijote, al “Observador” le atrae ser un personaje de imaginación desbordada. En forma paradójica la ciencia le trastorna y elige el espacio celeste para su relato, tal procedimiento hiperbólico resulta atractivo en grado sumo: el desplazamiento celeste de las masas de diversos personajes planetarios se transforma en un juego divertido por lo siniestro: una enfermedad como la lepra no causa epidemias, pero el sentido imaginativo de la piel en celestes desprendimientos atrae por la conjunción de lo imposible con lo siniestro que, no obstante —como imaginación de la letra—, atrapa al lector. Sucede igual con la ocurrencia, llamémosla así en forma provisional, de dar aviso que el narrador también ha viajado en la fantasía sideral, semejante a lo que Don Quijote supuso, lo que confiere a esta pieza su calidad de escritura en gracia y se legitima con la intertextualidad de la obra por excelencia de las letras hispánicas. El narrador nos engaña igual que los duques lo hicieron con Don Quijote, ordenando que le vendaran los ojos y él supone que ha viajado “por los aires” (Cervantes, 344-355), por tanto, el narrador confirma su estado anómalo, con que empieza y termina la primera parte de “Cuento”. Ahora nos hallamos frente a una razón “dorada”, aquella que justifica la invención que deriva de una obra previa; en otras palabras, el “Observador” protege su postura estética con la estrategia literaria que también se conoce como “alusión” y que hoy, con mayor claridad, denominamos “intertextualidad”. Este recurso impide que se piense en el texto del “Observador” como una obra en que, cualquiera que fuera la identidad de su autor, haya sido la casualidad la que le dio nacimiento, sino que estamos en presencia de un escritor que sopesó cada palabra, así existieran evidencias de otra índole de sucesos.

El capítulo 41 de la segunda parte de *El ingenioso hidalgo...*, “De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura” (344-355), que tiene lugar en la casa de los duques, sirve de pivote a nuestro escritor para relatar su historia, ya que, para zanjar una situación incómoda para las damas de la duquesa, Don Quijote y Sancho deberán montar el caballo Clavileño, que mediante una clavija que se aprieta, “los llevará por los aires”, a condición de que estén

vendados sus ojos hasta que el caballo relinche. El capítulo refrenda con humor los sucesos del viaje y, en especial, atiende la imaginación de Don Quijote, que describe cada región que remontan, de donde el “Observador” ha aprovechado lo conducente, igual que el relato en que Sancho refiere su versión del viaje sideral, como el recuerdo de su “paso por las siete cabrillas”. Un capítulo de tan divertido engaño e imaginación quijotesca se presta, entonces, a neutralizar cualquier sospecha sobre “Cuento”: con ello su autor refrendó el poder de la imaginación literaria y nada más. Por último, escuetamente aludo a otra obra clásica cuyo espíritu estaría presente en “Cuento”, que sería *Los sueños* de Francisco de Quevedo, en particular el “Sueño del Infierno”, por ciertos resabios satíricos y aun carnalescos en nuestro autor.

Características fantásticas del texto

Como punto de partida he considerado a “Cuento” como un relato fantástico dadas las condiciones culturales de su momento de publicación. Tomando en cuenta el contexto literario, cultural e histórico que expuse a lo largo del trabajo, se comprende que en Nueva España había restricciones ideológicas muy severas para que una creación fantástica se expresara en la forma como ocurrió en otras literaturas europeas (Alemania, Francia, Inglaterra) de la segunda mitad del siglo XVIII; vamos, ni siquiera España podía aventurarse en ello si no es por algunos textos que cuidaron en forma extrema el terreno en que escribieron, v.g. Benito Feijoo, Diego de Torres Villarroel y José Cadalso, por lo que nuestra primera década del XIX se encontraba inscrita en el siglo anterior, si se me permite tal optimismo.

Si me apego a ciertas consideraciones que Jorge Luis Borges externó en diversas conferencias sobre el tema, “Cuento” estaría comprendido en el asunto de la “confusión de lo onírico con lo real” (Morales, 26), o “contaminación de la realidad por el sueño” (Rodríguez Monegal, 186), o “tema de los sueños y la realidad” (Borges, 1), tomando como realidad la que plantea en su texto el propio “Observador”; y si recurro a Jean Bellemin-Noël (55), la irrupción de algo inadmisibles en un mundo perfectamente ordenado, en unión de los testigos de la infracción de las leyes de lo real, se debe dudar de que algo impensable haya sucedido realmente. Sin embargo, este breve texto podría estar relacionado con otra antigua literatura, cuya traducción al francés por Galland apareció entre 1704 y 1717; se trata, pues, de *Las mil y una noches*, en que el viaje por los aires atrae de inmediato al lector, aunque, a la par, habría que recordar que Cervantes fue prisionero de los moros y en Argel debió escuchar historias similares, de las cuales habría indicios en su obra. En plena Ilustración, el viaje se convirtió en un tema donde podían compaginarse la imaginación, la aventura y el conocimiento: la literatura y la ciencia han registrado a diversos autores y viajeros. En cuanto al tratamiento del tiempo en la pequeña obra, si bien el autor, eso sí, precisó las “tres semanas bien contadas que he estado en la cama”, no pudo recordar otras cuestiones temporales, ya que su calificación se distingue por la vaguedad: “estuvieron mucho tiempo...”, “breve tiempo”, “duró poco”, “pronto libres y sanos”, etcétera, lo cual contribuye a desrealizar su contexto. En cambio, el espacio estuvo definido por la extensión del mundo sideral recorrido, al haber descrito distintos planetas y cuerpos celestes que ya abordé.

A lo largo de este trabajo, procuré fundamentar algunos argumentos de acuerdo con las siguientes reflexiones de Rosalba Campra:

El texto fantástico, sin embargo, que es intrínsecamente débil por lo que se refiere a la realidad representada, tiene la necesidad de probarla y de probarse. El género fantástico, pues, se ve, más que cualquier otro género, sujeto a las leyes de la verosimilitud. Que son, naturalmente, las de la verosimilitud fantástica. [Ésta, derivada del juicio de Christian Metz, es la] que está de acuerdo con la opinión pública y [...] con las leyes de un género. En ambos casos se trata de una convención, es decir, de un hecho cultural, histórico y retórico. [...] La definición de verosímil no es inmutable: en los géneros, la convención deriva del *corpus* preexistente, es un resultado de las posibilidades ya realizadas en este género. No responde, por lo tanto, a lo real de la vida sino a lo real de los textos: es un hecho del discurso de ficción (Campra, 174).

El rescate inicial de “Cuento”

La pieza literaria a que nos hemos dedicado fue rescatada inicialmente en 1984 por el Instituto Nacional de Bellas Artes en el periódico quincenal *Guía de Forasteros. Estanquillo Literario*, dedicado a difundir literatura y con un tiraje de cinco mil ejemplares, como “Narración interplanetaria. Un relato de ciencia-ficción de principios del siglo XIX”. A pesar de que la finalidad de la *Guía...* era el rescate de materiales en fuentes de primera mano, el texto original, sin embargo, sufrió algunas modificaciones en su vocabulario y se excluyeron las partes en que intervenía el autor en primera persona, lo cual desvirtuó el enorme peso literario que tenía la obra de Cervantes en nuestro casi desconocido autor. De cualquier manera, no dejó de valorársele, pues se presentó con esta introducción anónima: “Este extraordinario cuento apareció en el *Diario de México* en julio de 1810. Su autor anónimo, siguiendo el estilo del legendario Cyrano de Bergerac, describe las complicadas relaciones entre los moradores de distintos planetas” (“El Observador”. “Narración...”, 1).

En la misma edición atrajo el siguiente comentario: “A medio camino entre la fábula, la sátira política y la especulación científica, este curioso relato se podría contar como una de las primeras ficciones de su tipo escritas en nuestro país” (Molina, 7).

Breve conclusión

El ascenso imaginativo que esta obra mostró fue el augurio de cuanto podía ser escrito en el orden literario, sobre todo por su distanciamiento respecto de las formas neoclásicas que se cultivaban en la época. Lo fue, también, en lo político, que rondaba en torno a la independencia de México. Siete meses más tarde tendría lugar la proclamación del movimiento insurgente, el 15 de septiembre de 1810, del cual el *Diario de México* daría noticia semanas más tarde, en términos que, lógicamente, no podían anticipar la magnitud de cómo quedaría registrado posteriormente en la historia nacional. Nuestro siglo XIX iba a afrontar ideas y acciones sumamente complejas hasta la “Restauración de la República” en 1867. En lo literario, “Cuento” mostró una capacidad imaginativa que la literatura mexicana debió esperar hasta las últimas décadas del siglo XIX para reencontrar ese tono en el cuento y la novela corta.

Obras citadas

- Bellemin-Noël, Jean, “Lo fantástico y el inconsciente”, *Quimera*, julio 2002, núm. 218-219, pp. 51-56.
- Borges, Jorge Luis, [“Conferencia sobre literatura fantástica”, Götteborgs Universitet, 3 noviembre 1964. Grabación]. “Notas” de B. Rodríguez, 1-2, 28 junio 2007.
- Campra, Rosalba, “Lo fantástico: una isotopía de la transgresión”, en David Roas, *Teorías de lo fantástico*, Madrid, Argos, 2001, pp. 153-191.
- Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Castalia, 1991.
- Delgado Carranco, Susana María, “Las primeras discusiones en torno a la libertad de imprenta: el *Diario de México* (1811-1815)”, en *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora-UNAM, 2001, pp. 475-488.
- Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, vol. 1, 1979.
- “El Observador” [Llave, Francisco de la], “Cuento”, *Diario de México*, vol. 12, núm. 1592, 9 febrero 1810, pp. 157-158, vol. 12, núm. 1607, 24 febrero 1810, pp. 217-218.
- “El Observador” [Llave, Francisco de la], “Narración interplanetaria”, *Guía de Forasteros. Estanquillo literario para el año de 1810*, México, SEP-INBA-Dirección de Literatura, año 1, vol. 2, núm. 2 (18), 15 octubre 1984, pp. 1-8.
- Franco, Jean, “La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana”, *Hispanérica*, año 12, núm. 34-35, abril-agosto, 1983, pp. 3-34.
- Martínez Luna, Esther, *Estudio e índice onomástico del Diario de México*, primera época (1805-1812), México, UNAM, 2002.
- Molina, Mauricio, “Editorial. La revuelta: 1810”, *Guía de forasteros. Estanquillo literario para el año de 1810*, México, SEP-INBA-Dirección de Literatura, año 1, vol. 2, 2 (18), 15 octubre 1984, p. 7.
- Morales, Ana María, “Teoría y práctica de lo fantástico”, *Escritos* (Puebla) 21, ene-jun, 2000, pp. 23-36.
- Rodríguez Monegal, Emir, “Borges: una teoría de la literatura fantástica”, *Revista Iberoamericana* 42.95, 1976, pp. 177-189.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen, y Sergio Márquez, *Diccionario de seudónimos, anagramas y otros alias [...]*, México, UNAM-IIB, 2000, pp. 451, 571.
- Ruedas de la Serna, Jorge, “Periodismo y literatura en los albores del siglo XIX”, en *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto Mora-UNAM, 2001, pp. 591-598.
- Villarroel, Hipólito, *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España [...]*, estudio introductorio de Beatriz Ruiz Gaytán [11-43], México, CNCA, 1996.
- Wold, Ruth, *El Diario de México, primer cotidiano de Nueva España*, Madrid, Gredos, 1970.